

munmente los reinos de Cirene y Chipre en poder de otros príncipes de la misma casa con derechos recíprocos sobre el todo, sucedía que había casi siempre príncipes reinantes y pretendientes á la corona; que estos reyes estaban en un trono vacilante; y que mal establecidos en lo interior carecían de poder en lo exterior.

Las fuerzas de los reyes de Egipto, como las de los otros reyes de Asia, consistían en sus auxiliares griegos. Además del espíritu de libertad, honor y gloria que animaba á los Griegos, se ocupaban incesantemente en todas las especies de ejercicios corporales: tenían establecidos en sus principales ciudades juegos en que los vencedores obtenían coronas á la vista de toda la Grecia; lo cual servía de una emulacion general. En un tiempo, pues, en que se peleaba con armas cuyo buen éxito dependía de la fuerza y destreza del que se servía de ellas, no puede dudarse de que unas gentes así ejercitadas tuviesen mucha superioridad sobre aquella infinidad de bárbaros tomados indiferentemente, y conducidos sin eleccion á la guerra, como los ejércitos de Darío lo hicieron ver.

Los Romanos, para privar de semejante tropa á los reyes, y quitarles sin ruido sus principales fuerzas, hicieron dos cosas: primeramente, establecieron poco á poco como una máxima entre los Griegos que no podían tener ninguna alian-

za, ni acordar socorro ó hacer la guerra á nadie, sin su consentimiento: además, en sus tratados con los reyes, les prohibieron hacer alistamiento ninguno entre los Romanos; lo que los reducía á sus tropas nacionales (1).

CAPITULO VI.

De la conducta que observaron los Romanos para sujetar á los pueblos.

En el curso de tantas prosperidades, que por lo comun nos hace negligentes, obraba siempre el senado con la misma profundidad; y mientras que los ejércitos lo consternaban todo, tenía él en tierra á cuantos hallaba derribados.

El senado se erigió en tribunal que juzgó á todos los pueblos: y al fin de cada guerra, decidía de las penas y premios que cada uno había merecido. Quitaba una parte del territorio del pueblo vencido para darla á los aliados; en lo que hacia dos cosas, hacia adictos á Roma á unos reyes de quienes ella tenía poco que temer y mucho que esperar; y debilitaba á otros de quienes no tenía nada que esperar y mucho que temer.

(1) Habían tenido ya esta política con los Cartagineses, á los que obligaron, por el tratado, á no servirse de tropas auxiliares, como vemos en un fragmento de Dion.

Se servian de los aliados para hacer la guerra á un enemigo; pero comenzáron destruyendo á los destructores. Filipo fué vencido por medio de los Etolios, que fuéron arruinados desde luego despues por haberse unido con Antioco. Antioco fué vencido con el socorro de los Rodios; pero despues que se les hubiéron dado sobresalientes recompensas, los humilláron para siempre, socolor de que habian solicitado que se hiciera la paz con Perseo.

Cuando tenian á muchos enemigos sobre sí, acordaban una tregua almas débil, que se tenia por dichoso en obtenerla, contando por mucho el haber diferido su ruina.

Cuando Roma estaba ocupada en una guerra mayor, disimulaba el senado toda especie de injurias, y esperaba con silencio que hubiera llegado la hora del castigo; y si algun pueblo le enviaba los reos se negaba á castigarlos, prefiriendo tener por culpable á toda la nacion, y reservarse una venganza útil.

Como hacian á sus enemigos males incomprendibles, no se formaba casi liga contra ellos; porque el que se hallaba mas distante del peligro, no queria acercarse á él.

Con esto recibian rara vez la guerra; pero la hacian siempre en el tiempo, del modo, y con los que les convenia: y entre tantos pueblos como ellos atacáron, hubo poquísimos que no

hubieran sufrido todas las especies de injurias, si hubieran querido dejarlos en paz.

Siendo su costumbre la de hablar siémpre como señores, los embajadores que ellos enviaban á los pueblos que no habian conócido todavía su poder, eran regularmente maltratados; lo cual era seguro pretesto par hacer una nueva guerra (1).

Como no hacian nunca la paz de buena fe, y que con el designio de invadirlo todos sus tratados no eran propiamente mas que suspensiones de guerra, ponian en ellos unas condiciones que comenzaban siempre la ruina del estado que las aceptaba. Hacian salir las guarniciones de las plazas fuertes, limitaban el número de las tropas de tierra, ó hacian que se les entregasen los caballos ó elefantes; y si este pueblo era poderoso en el mar, le obligaban á quemar sus navíos, y algunas veces á ir á habitar mas adelante en lo interior del pais.

Despues de haber destruido los ejércitos de un príncipe, arruinaban su hacienda pública con contingentes excesivos ó un tributo, bajo el pretesto de hacerle pagar los dispendios de la guerra: nueva especie de tiranía, que le obligaba á oprimir á sus vasallos y perder su amor.

Cuando acordaban la paz á un príncipe, to-

(1) Uno de los ejemplos de esto, es su guerra contra los Dalmatas. Véase Polibio.

maban á alguno de sus hermanos ó hijos en rehenes; lo cual les proporcionaba medio de turbar el reino á su fantasía. Cuando tenían al mas inmediato heredero, intimidaban al poseedor; si no tenían mas que á un príncipe de un grado mas remoto, se servían de él para avivar las rebeliones de los pueblos.

Cuando algun príncipe ó pueblo se habia exentado de la obediencia de su soberano, le acordaban desde luego el título de aliado del pueblo romano (1); y con ello los hacían sagrados é inviolables; de manera que no había rey, por mas grande que fuera, que pudiera estar seguro por un momento de sus súbditos, y ni aun de su familia.

Aunque el título de aliado suyo era una especie de servidumbre, era muy solicitado sin embargo (2); porque uno estaba seguro de no recibir injurias mas que de los Romanos, y tenía motivos de esperar que ellas serían menores: así no había servicios que los pueblos y los reyes no estuvieran dispuestos á hacer, ni bajezas que no hicieran para obtenerle.

Tenían muchas especies de aliados. Los unos les estaban unidos por medio de los privilegios

(1) Véase especialmente su tratado con los Judíos, en el primer libro de los Macabeos, cap. 8, v. 23.

(2) Ariarates hizo un sacrificio á los dioses, dice Polibio, para darles gracias de haber obtenido esta alianza.

y una participacion de su grandeza, como los Latinos y Hernicos; otros por medio del establecimiento mismo, como sus colonias; algunos por medio de los beneficios, como fueron Masinisa, Eumenes, y Atalo, que debían á los Romanos su reino ó su engrandecimiento; otros por medio de tratados libres; los cuales se volvían súbditos con el largo uso de la alianza, como los reyes de Egipto, Bitinia, y Capadocia, y las mas de las ciudades griegas; muchos finalmente por medio de tratados forzados, y la ley de su sujecion, como Filipo y Antioco: porque no concedían la paz á un enemigo que no contuviese una alianza, es decir que no sujetaban á pueblo ninguno que no les serviese á abatir á otros.

Cuando dejaban la libertad á algunas ciudades, engendraban desde luego en ellas dos facciones (1): la una defendía las leyes y libertad del pais, la otra sostenía que no había mas ley que la voluntad de los Romanos; y como esta última faccion era siempre la mas poderosa, se colige fácilmente que semejante libertad no era mas que de nombre.

A veces se hacían dueños de un pais bajo el pretexto de sucesion; entraron en Asia, Bitinia, y Libia por medio de los testamentos de Atalo,

(1) Véase Polibio sobre las ciudades de Grecia.

Nicomedes (1), y Apion; y el Egipto se sujetó por medio del rey de Cirene.

Para tener débiles siempre á los grandes príncipes; no querian que recibiesen en su alianza á aquellos á quienes ellos habian acordado la suya (2); y como no la negaban á ninguno de los vecinos de un rey poderoso, puesta esta condicion en un tratado de paz, no le dejaba ya aliados.

Ademas cuando habian vencido á algun príncipe considerable, insertaban en el tratado que él no podia hacer la guerra por sus contiendas con los aliados de los Romanos (es decir comunmente con todos sus vecinos), sino que las pondria en arbitramento: lo cual le quitaba el poder militar en lo sucesivo.

Y para reservársele todo, privaban de él á sus aliados mismos: luego que estos tenian la menor contienda, enviaban embajadores, que los obligaban á hacer la paz. No hay mas que ver como termináron las guerras de Atalo y Prusias.

Cuando algun príncipe habia hecho una conquista, que á menudo le habia agotado, sobrevenia al punto un embajador romano, que se la arrancaba de las manos. Entre millares de

(1) Hijo de Filopater.

(2) Fué el caso de Antioco.

ejemplos podemos traer á la memoria como con una palabra echáron de Egipto á Antioco.

Sabiendo cuan propios para la guerra eran los pueblos de Europa, estableciéron como una ley que no le seria permitido á ningun rey de Asia el entrar en Europa, ni sujetar en ella á pueblo ninguno de cualquiera especie (1). El principal motivo de la guerra que los Romanos hicieron á Mitridates fué que contra esta prohibicion habia sujetado á algunos bárbaros (2).

Cuando veian que dos pueblos estaban en guerra, aunque los Romanos no tuvieran ninguna alianza, ni nada que disputar con uno ni otro, no dejaban de presentarse en el teatro, y al modo de nuestros caballeros errantes, tomaban el partido del mas débil. Era, dice Dionisio de Halicarnaso (3), una antigua costumbre de los Romanos acordar siempre sus socorros á cualquiera que llegaba á implorarlos.

Estas costumbres de los Romanos no eran hechos particulares acaecidos casualmente, sino máximas siempre constantes; lo que puede verse fácilmente; porque las reglas de que hicieron

(1) La prohibicion hecha á Antioco, aun ántes de la guerra, de pasar á Europa, se hizo general contra los demas reyes.

(2) Apiano, *de bello Mithrid.*, cap. 13.

(3) Fragmento de Dionisio, sacado del *Estracto de las embajadas*.

uso contra las mayores potencias fuéron precisamente las que habian empleado en los principios contra las pequeñas ciudades que habia alrededor de Roma.

Se valiéron de Eumenes y Masinisa para subyugar á Filipo y Antioco, como se habian valido de los Latinos y Hérmicos para subyugar á los Volseos y Toscanos; se hicieron entregar las flotas de Cartago y de los reyes de Asia, como se habian hecho dar las barcas de Ancio; y quitáron las conexiones políticas y civiles entre las cuatro partes de la Macedonia, como en otros tiempos habian disuelto la union de las pequeñas ciudades latinas (1).

Pero mas especialmente su máxima constante fué la de dividir. La república de Acaya estaba formada por medio de una asociacion de ciudades libres; y el senado declaró que cada ciudad se gobernaría en lo sucesivo por sus propias leyes sin depender de una autoridad comun.

La república de los Beocios era igualmente una liga de muchas ciudades; pero como en la guerra contra Perseo las unas siguiéron el partido de este príncipe, las otras el de los Romanos, estos las admitiéron en su gracia mediante la disolucion de la alianza comun.

Si un gran príncipe que reinó en nuestros

(1) Tito Livio, lib. VII.

tiempos hubiera seguido estas máximas, cuando vió destronado á un vecino suyo, hubiera empleado mayores fuerzas para sostenerle y limitarle á la isla que le permaneció leal; y dividiendo el único poder que fuera capaz de oponerse á sus designios, hubiera sacado inmensos beneficios de la desgracia misma de su aliado.

Cuando habia alguna contienda en un estado, juzgaban desde luego el negocio; y con ello estaban seguros de no tener contra sí mas que á la parte que habian condenado. Si dos príncipes de la misma sangre disputaban sobre la corona, los declaraban á veces por reyes á ámbos (1); si uno de ellos estaba en la niñez (2), decidían en favor suyo, y se encargaban de su tutela como protectores del universo. En efecto habian llevado las cosas á tal punto que los pueblos y reyes eran vasallos suyos, sin saber precisamente por qué título; hallándose establecido que bastaba haber oido hablar de ellos para deber estarles sujeto.

No hacían nunca guerras remotas sin proporcionarse algun aliado cerca del enemigo á quien

(1) Como sucedió á Ariarates y Holofernes, en Capadocia. *Appian. in Syriac.*, cap. 47.

(2) Para poder arruinar la Siria como tutores, se declararon por el hijo de Antioco todavía niño, contra Demetrio que estaba en rehenes entre ellos, y que les rogaba encarecidamente que le hicieran justicia, diciendo que Roma era su madre, y los senadores sus padres.

atacaban, que pudiese unir sus tropas con el ejército que ellos enviaban; y como este último no era jamás considerable por su número, cuidaban siempre de tener otro en la provincia más vecina del enemigo, y un tercero en Roma, siempre dispuesto á marchar (1). Así no espionaban más que una cortísima parte de sus fuerzas, mientras que su enemigo aventuraba todas las suyas (2).

A veces abusaban de la sutileza de los términos de su lengua. Destruyeron Cartago, diciendo que habían prometido conservar el casco de la ciudad, pero no la ciudad. Es sabido como los Etolios, que se habían abandonado á su fe, fueron engañados: los Romanos sostuvieron que la significación de estas palabras, *abandonarse á la fe de un enemigo*, llevaba consigo la pérdida de toda especie de cosas, de las tierras, ciudades, templos, y aun sepulturas.

Aun podían dar una interpretación arbitraria á un tratado; así cuando quisieron abatir á los Rodios, dijeron que no les habían dado en otro tiempo la Licia como presente, sino como amiga y aliada.

Cuando uno de sus generales hacia la paz para

(1) Era una práctica constante, como puede verse en la historia.

(2) Véase como se condujeron en la guerra de Macedonia.

salvar su ejército pronto á perecer, el senado, que no la ratificaba, se aprovechaba de esta paz, y continuaba la guerra. Así cuando Jugurta hubo encerrado á un ejército romano, y dejándole ir bajo la fe de un tratado, se sirvieron contra este príncipe de las tropas mismas que él había salvado; y cuando los Numantinos hubieron reducido á veinte mil Romanos inmediatos á morir de hambre, á pedir la paz, se rompió en Roma esta paz, que había salvado á tantos ciudadanos; y se eludió la fe pública enviando al cónsul que la había firmado (1).

A veces trataban de la paz con un príncipe bajo condiciones razonables; y luego que él las había ejecutado, añadían otras tales que se veía obligado á renovar la guerra. Así cuando se hubieron hecho entregar por Jugurta sus elefantes, caballos, tesoros, y transfugos, le pidieron la entrega de su persona; cosa que siendo para un príncipe la última desgracia suya, no puede formar nunca una condición de paz (2).

Ultimamente juzgáron á los reyes por sus faltas y delitos particulares. Escucháron las que-

(1) Obraron del mismo modo con los Samnites, Lusitanos, y pueblos de Córcega. Véase sobre estos últimos un fragmento del lib. primero de Dion.

(2) Obraron del mismo modo con Viriato: después de haberle hecho entregar los transfugos, le pidieron que entregara las armas, en lo que él y los suyos no pudieron consentir. Fragmento de Dion.

jas de cuantos tenían algunas diferencias con Filipo; enviaron diputados para proveer en su seguridad; é hicieron acusar á Perseo ante sí por algunas muertes y disputas con los ciudadanos de las ciudades aliadas.

Como se juzgaba de la gloria de un general por la cantidad de oro y de plata que se llevaba en su triunfo, no dejaba nada al enemigo vencido. Roma se enriquecía siempre, y cada guerra la habilitaba para emprender otra nueva.

Los pueblos que eran amigos ó aliados se arruinaban con los presentes inmensos que ellos hacían para conservar el favor, ú obtenerle mayor; y la mitad del dinero que se envió con esta mira á los Romanos, hubiera bastado para vencerlos (1).

Señores del orbe, se atribuyéron todos sus tesoros: raptos ménos injustos como conquistadores que como legisladores. Habiendo sabido que Tolomeo, rey de Chipre, tenía inmensos tesoros, hicieron una ley á la proposición de un tribuno, por la que se adjudicaron la herencia de un hombre vivo y la confiscación de un príncipe aliado (2).

La codicia de los particulares acabó de quitar

(1) Los presentes que el senado enviaba á los reyes, no eran mas que frioleras, como una silla, un baston de marfil, ó alguna toga.

(2) Floro, lib. 3, cap. 9.

en breve lo que se había libertado de la codicia pública. Los magistrados y gobernadores vendían á los reyes sus injusticias. Dos competidores se arruinaban á porfía para comprar una protección siempre dudosa contra un rival que no estaba enteramente agotado; porque ni aun se tenía aquella justicia de los bandoleros, que usan de una cierta honradez en el ejercicio del delito. Finalmente no sosteniéndose los derechos legítimos ó usurpados mas que con el dinero, los príncipes para proporcionársele despojaban los templos, y confiscaban los bienes de los mas ricos vasallos: se cometían millares de crímenes para dar todo el oro del mundo á los Romanos.

Pero ninguna cosa le sirvió mas á Roma que el respeto que ella impuso á la tierra. Sujetó desde el principio á los reyes al silencio, y los volvió como estúpidos. No se trataba del grado de su autoridad, sino que su persona propia era atacada. El aventurar una guerra, era esponerse al cautiverio, á la muerte, á la infamia del triunfo. Así unos reyes que vivían en el fausto y las delicias, no se atrevían á elevar la vista sobre el pueblo romano; y perdiendo el valor, se prometían de su paciencia y bajezas algun plazo de las miserias de que estaban amenazados (1).

(1) Ocultaban, cuanto podían, su poder y riquezas á los

Nótese, ruégolo, la conducta de los Romanos. Después de la derrota de Antioco eran dueños de la Africa, Asia, y Grecia, sin tener allí casi ciudades propias. Parecía que ellos no conquistaban mas que para dar; pero permanecían los dueños tan bien, que cuando hacían la guerra á algun príncipe, le abrumaban, por decirlo así, con el peso de todo el mundo.

No era tiempo todavía de apoderarse de los países conquistados. Si ellos hubieran guardado las ciudades tomadas á Filipo, hubieran hecho abrir los ojos á los Griegos: si después de la segunda guerra púnica, ó la hecha contra Antioco, hubieran tomado algunos territorios en Africa, ó Asia, no hubieran podido conservar unas conquistas establecidas con tan poca solidez (1).

Era preciso esperar que todas las naciones estuviesen habituadas á obedecer como libres y como aliadas, ántes de mandarlas como sujetas, y que ellas se hubiesen confundido poco á poco con la república romana.

Véase el tratado que hicieron con los Latinos después de la victoria del lago Regilo (2): fué

Romanos. Véase sobre esto un fragmento del primer libro de Dion.

(1) No se atrevieron á esponer allí sus colonias; prefirieron poner eternos zelos entre los Cartaginenses y Masinisa, y valerse del socorro de unos y otros para sujetar la Macedonia y Grecia.

(2) Dionisio de Halicarnaso lo refiere, lib. VI, cap. 95.

uno de los principales fundamentos de su poder. En él no se halla ni siquiera una palabra que pueda hacer sospechar la dominacion.

Era un modo lento de conquistar. Vencían á una nacion, y se contentaban con debilitarla; le imponían unas condiciones que iban arruinándola insensiblemente; si ella se reparaba, la abatían mas todavía; y se volvía sujeta sin que se pudiese citar la época de su sujecion.

Así Roma no era propiamente una monarquía ó república, sino la cabeza de un cuerpo formado por todos los pueblos del mundo.

Si los Españoles después de la conquista de Méjico y el Perú hubieran seguido este plan, no hubieran tenido necesidad de destruirlo todo para conservarlo todo.

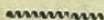
Todos los conquistadores tienen la locura de querer dar sus leyes y usos á todos los pueblos: lo que no es bueno para nada; porque uno es capaz de obedecer en toda especie de gobierno.

Pero no imponiendo Roma ningunas leyes generales, los pueblos no tenían ninguna conexion peligrosa entre sí; no formaban un cuerpo mas que en virtud de una obediencia comun; y sin ser compatriotas, eran Romanos.

Se objetará quizás que los imperios fundados sobre las leyes de los feudos no fueron nun-

edic. de Oxford, p. 415 de la edicion de Francfort, 1586.

ca durables ni poderosos. Pero no hay cosa tan contradictoria en el mundo como el plan de los Romanos y el de los bárbaros; y para no decir mas que una palabra, el primero era la obra de la fuerza, el otro de la debilidad; la sujecion era estremada en el uno, y la independenciam en el otro. En los paises conquistados por las naciones germánicas, estaba la potestad en manos de los vasallos, el derecho únicamente en las del principe, y era todo lo contrario entre les Romanos.



CAPITULO VII.

Como Mitridates pudo resistirles.

ENTRE todos los reyes á quienes los Romanos atacaron, únicamente Mitridates se defendió con valor, y los puso en peligro.

La situacion de sus estados era admirable para hacerles la guerra. Confinaban con el pais inaccesible del Caucasó, lleno de naciones feroces, de que se podia hacer uso; y de allí se estendian hácia el mar del Ponto: le cubria Mitridates con sus naves, y de continuo iba á comprar nuevos ejércitos de Escitas; sus invasiones tenían libre la entrada en la Asia; era rico, porque sus ciudades sobre el Ponto Euxino hacian

un comercio lucrativo con naciones ménos industriosas que ellas.

Las proscripciones, cuya práctica comenzó en aquellos tiempos, obligaron á muchos Romanos á salir de su patria. Recibiólos con los brazos abiertos Mitridates; formó algunas legiones, en que los hizo entrar, que fuéron sus mejores tropas (1).

Por otra parte, atormentada Roma con sus disturbios civiles, y ocupada en males mas ejecutivos, abandonó los negocios de Asia, y dejó que Mitridates prosiguiera en sus victorias, ó respirase despues de sus derrotas.

Ninguna cosa habia perdido mas á la mayor parte de los reyes que el deseo manifiesto que ellos mostraban de la paz; con ello habian disuadido á los demas pueblos de participar con ellos de un peligro de que por sí mismos anhelaban salir. Pero Mitridates dió á conocer desde el principio á la tierra que él era enemigo de los Romanos, y que lo seria siempre.

Ultimamente viendo las ciudades de Grecia y Asia que el yugo de los Romanos cargaba mas

(1) Frontin, *Estratagemas*, lib. II, cap. 3, ej. 27, dice que combatiendo Arquelao, teniente de Mitridates, contra Sila, puso en la primera fila sus carros de hoces, en la segunda su falange, en la tercera los auxiliares armados á la romana, *mixtis fugitivis, quorum pervicacia multum fidebat*. Mitridates aun hizo una alianza con Sertorio. Véase tambien Plutarco, *Vida de Sertorio*, tom. V, p. 445.

y mas cada dia sobre ellas, pusieron su confianza en este rey bárbaro, que las brindaba con la libertad.

Esta disposicion de cosas produjo tres grandes guerras, que forman uno de los bellos trozos de la historia romana; porque no se ven allí príncipes ya vencidos por las delicias y soberbia, como Antioco y Tigranes, ó por el temor, como Filipo, Perseo, Jugurta, sino un rey magnánimo, que en las adversidades, parecido á un leon que mira sus heridas, estaba mas y mas indignado.

Ellas son singulares, porque sus revoluciones son continuas y siempre inopinadas: en efecto si Mitridates podia reparar fácilmente sus ejércitos, sucedia tambien que en los reveses, en que hay mayor necesidad de obediencia y disciplina, le abandonaban sus tropas bárbaras: si tenia el arte de incitar á los pueblos y sublevar las ciudades, experimentaba sucesivamente varias perfidias por parte de sus capitanes, hijos y mugeres; últimamente si tuvo que lidiar con generales romanos inhábiles, enviaron contra él en diversos tiempos á Sila, Luculo, y Pompeyo.

Este príncipe despues de haber derrotado á los generales romanos, y hecho la conquista de la Asia, Macedonia, y Grecia, habiendo sido vencido sucesivamente por Sila, reducido por

un tratado á sus antiguos limites, fatigado por los generales romanos, hecho de nuevo otra vez su vencedor y conquistador de la Asia, echado por Lúculo, y perseguido en sus propios dominios, fué precisado á retirarse al lado de Tigranes, y viéndose perdido irremediabilmente despues de su derrota, no contando ya mas que consigo mismo, se refugió á sus propios estados, y se restableció en ellos.

Pompeyo sucedió á Lúculo, y Mitridates quedó abrumado con ello; huyó de sus estados; y pasando el Araxis, marchó de peligro en peligro por el pais de los Lacienses; y juntando en el camino á cuantos bárbaros encontró, se presentó en el Bósforo al frente de su hijo Macares, que habia hecho su paz con los Romanos (1).

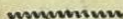
En el abismo en que se hallaba, formó el designio de llevar la guerra á Italia, é ir á Roma con las mismas naciones que la esclavizaron algunos siglos despues, y por el mismo camino que ellas llevaron (2).

Vendido por Farnaces, otro hijo suyo, y por un ejército espantado de la grandeza de sus empresas y de los acasos que él iba á buscar, murió como Rey.

(1) Mitridates le habia hecho rey del Bósforo. A la noticia de la llegada de su padre, se dió la muerte.

(2) Véase Apiano, de bello Mithridatico, cap. 109.

Pompeyo acabó entonces con la rapidez de sus victorias la pomposa obra de la grandeza de Roma. Unió infinitos países al cuerpo de su imperio; lo que sirvió mas para el espectáculo de la magnificencia romana que para su verdadero poder; y aunque pareció por los rótulos llevados en su triunfo que él habia dado el aumento de mas de un tercio á la renta del fisco, no se aumentó el poder, y quedó mas y mas espuesta con ello la libertad pública (1).



CAPITULO VIII.

De las divisiones que hubo siempre en la ciudad.

MIÉNTRAS que Roma conquistaba el mundo, habia dentro de sus murallas una guerra oculta; eran unos fuegos como aquellos de los volcanes, que salen luego que cualquiera materia llega á aumentar su fermentacion.

Despues de la espulsion de los reyes, el gobierno se habia vuelto aristocrático; únicamente las familias patricias obtenian las magistratu-

(1) Véase Plutarco, en la *Vida de Pompeyo*, y Zóuaras, lib. II.

ras y dignidades (1), y por consiguiente todos los honores militares (2).

Queriendo impedir los patricios el restablecimiento de los reyes, trataron de aumentar el impulso que dirigia el espíritu del pueblo; pero hicieron mas que lo que habian querido; á puro infundirle el odio contra los reyes, le infundieron un desmoderado deseo de la libertad. Como la dignidad regia habia pasado toda entera al poder de los cónsules, conoció el pueblo que él carecia de aquella libertad, cuyo amor se le habia querido inspirar; trató pues de abatir á los cónsules, de tener magistrados plebeyos, y de participar con los nobles de las magistraturas curules. Los patricios se vieron con la necesidad de acordarle cuanto él solicitó; porque en una ciudad en que la pobreza era la virtud pública, en que las riquezas, esta via sorda para adquirir el poder, eran despreciadas, el nacimiento y las dignidades no podian acarrear grandes beneficios. El poder debia volver pues al mayor número, y la aristocracia mudarse poco á poco en un estado popular.

(1) Los patricios aun tenian en cierto modo un carácter sagrado; únicamente ellos podian tomar los auspicios. Véase en Tito Livio, l. VI, cap. 40, 41, la arenga de Apio Claudio.

(2) Por ejemplo, ellos solos podian triunfar, supuesto que ellos solos podian ser cónsules y mandar ejércitos.

Los que obedecen á un rey están ménos atormentados de envidia y celos que los que viven en una aristocracia hereditaria. El principe está tan distante de sus vasallos, que apenas es visto; y es tan superior á ellos, que no pueden imaginarse ninguna relacion que pueda chocarlos; pero los nobles que gobiernan están á la vista de todos, y no se hallan tan elevados, que no se hagan incesantemente odiosas comparaciones: por lo mismo se vió en todos tiempos, y se ve en el presente todavía, que el pueblo detesta á los senadores. Las repúblicas en que el nacimiento no da parte ninguna en el gobierno, son respecto á esto las mas felices; porque el pueblo puede envidiar ménos una autoridad que él da á quien quiere, y que él recoge á su antojo.

Descontento el pueblo con los patricios, se retiró al monte Sagrado; le enviaron diputados que le aplacáron; y como todos se prometieron mutuo socorro en el caso que los patricios no cumpliesen con la palabra dada (1), lo que hubiera causado á cada instante sediciones, y turbado todas las funciones de los magistrados, se juzgó que valia mas crear una magistratura que pudiese impedir las injusticias hechas á un plebeyo (2). Pero por efecto de una eterna ca-

(1) Zómaras, lib. II.

(2) *Origen de los tribunos del pueblo.*

fermedad de los hombres, los plebeyos, que habian conseguido tribunos para defenderse, se sirvieron de ellos para ofender; quitáron poco á poco todas las prerrogativas de los patricios; lo cual engendró continuos altercados. El pueblo era sostenido, ó mas bien animado por sus tribunos; y los patricios eran defendidos por el senado, que se componia casi todo de patricios, que estaba mas inclinado á las máximas antiguas, y que temia que el populacho elevase á algun tribuno á la tiranía.

El pueblo empleaba en su favor sus propias fuerzas, y su superioridad en los votos, su resistencia para ir á la guerra, sus amenazas de retirarse, la parcialidad de sus leyes, finalmente sus juicios contra los que le habian hecho mucha oposicion. El senado se defendia con su sabiduría, justicia, y amor que él infundia por la patria; con sus beneficios, y una sabia dispensacion de los deseros de la república; con el respeto que el pueblo tenia á la gloria de las principales familias y virtud de los hombres insignes (1); con la religion misma, antiguas insti-

(1) El pueblo, amante de la gloria, y compuesto de gentes que habian pasado su vida en los campos militares, no podia negar sus votos á un grande hombre bajo cuyo mando habia peleado. Obtenia el derecho de elegir á algunos plebeyos, y elegia á los patricios. Se vió obligado á atarse las manos estableciendo que habria un cónsul plebeyo: por lo mismo las familias plebeyas que entráron en los cargos, con-

tuciones, y supresion de los dias de asamblea, con pretexto de que los auspicios no habian sido favorables; con los clientes; con la oposicion de uno á otro tribuno; con la creacion de un dictador (1), ocupaciones de una nueva guerra, ó desgracias que reunian todos los intereses; finalmente con la condescendencia paternal en acordar al pueblo una parte de sus solicitudes para hacerle abandonar las otras, y aquella constante máxima de preferir la conservacion de la república á las prerogativas de cualquier orden ó magistratura de toda especie.

En los tiempos sucesivos, luego que los plebeyos hubieron abatido tanto á los patricios que se volvió vana aquella distincion de las familias (2), y que unas y otras fueron elevadas indiferentemente á los honores, hubo nuevas dis-

inuaron despues en ellos; y cuando el pueblo elevó á los honores á algun hombre levantado de la nada, como Varon y Mario, consiguió una especie de victoria sobre sí mismo.

(1) Los patricios, para defenderse, tenian la costumbre de crear á un dictador; lo cual les salia admirablemente bien; pero habiendo conseguido los plebeyos el poder de ser elegidos cónsules, pudieron tambien ser elegidos dictadores; lo que desconcertó á los patricios. Véase en Tito Livio, l. VIII, cap. 12, como Publio Filo los abatió en su dictadura; hizo tres leyes que les fueron muy perjudiciales.

(2) Los patricios no conservaron mas que algunos sacerdotios, y el derecho de nombrar un magistrado que se llamaba *entre-rey*.

putas entre el pueblo infimo, incitado por sus tribunos, y las principales familias patricias ó plebeyas, que se llamaron nobles, y que tenian en su favor el senado, que se componia de ellas. Pero como no existian ya las antiguas costumbres, como varios particulares poseian inmensas riquezas, y es imposible que las riquezas no proporcionen poder, resistieron los nobles con mas vigor que lo habian hecho los patricios; lo cual fué causa de la muerte de los Gracos y de muchos que obraban con arreglo á su plan (1).

Es necesario que yo hable de una magistratura que contribuyó mucho para conservar el gobierno de Roma: fué la de los censores. Hacia el empadronamiento del pueblo; y ademas, como la fuerza de la república consistia en la disciplina, austeridad de las costumbres, y constante observancia de ciertos estilos, corrigieron los abusos que la ley no habia previsto, ó que el magistrado ordinario no podia castigar (2). Hay malos ejemplos que son peores que los delitos; y mas estados perecieron por haberse violado las costumbres que por haberse vio-

(1) Como Saturnio y Glaucias.

(2) Puede verse como ellos degradaron á los que, despues de la batalla de Canes, habian sido de dictámen que se abandonara la Italia; á los que se habían entregado á Anibal; á los que, por una mala interpretacion, no le habian guardado su palabra.

lado las leyes. En Roma, cuanto podía introducir novedades peligrosas, mudar el ánimo ó corazón de los ciudadanos, é impedir, si me atrevo á servirme de este término, su perpetuidad, los desórdenes domésticos ó públicos se reformaban por los censores: los cuales podían echar del senado al que se les antojaba, quitar á un caballero el caballo que el público le mantenía, poner á un ciudadano en otra tribu, y aun entre los que pagaban las cargas sin tener parte en sus privilegios (1).

M. Livio notó al pueblo mismo; y de treinta y cinco tribus, puso á treinta y cuatro en la clase de los que no tenían parte en los privilegios de la ciudad (2). « Porque, decía, despues de haberme condenado, me hicisteis cónsul y censor; es necesario pues que hayáis prevaricado una vez imponiéndome una pena, ó dos veces creándome cónsul, y despues censor. »

M. Duronio, tribuno del pueblo, fué echado del senado por los censores, á causa de que durante su magistratura habia abrogado la ley que limitaba los dispendios de los festines (3).

Era una institución bien sabia. Los censores

(1) Esto se llamaba *ararium aliquem facere, aut in caritum tabulas referre*. Quedaba uno fuera de la censura, y no tenía ya el derecho de voto.

(2) Tito Livio, lib. XXIX, cap. 37.

(3) Valerio Máximo, lib. II, cap. 9, art. 5.

no podían quitar á ninguno una magistratura, porque esto hubiera turbado el ejercicio de la autoridad pública (1); pero hacían decaer del orden y clase, y privaban, por decirlo así, á un ciudadano de su nobleza particular.

Servio Tulio habia hecho la famosa division por centurias, que Tito Livio (2) y Dionisio de Halicarnaso (3) nos esplicaron tan bien. Habia distribuido ciento noventa y tres centurias en seis clases, y colocado todo el pueblo bajo en la última centuria, que formaba por sí sola la sexta clase. Se ve que esta distribución excluía al pueblo bajo del voto, no de derecho, sino de hecho. En lo sucesivo se arregló que, excepto en algunos casos particulares, se seguiría en los votos la division por tribus. Habia treinta y cinco de estas que daban cada una un voto, cuatro de la ciudad, y treinta y una del campo. Los principales ciudadanos, todos labradores, entraron naturalmente en las tribus del campo, y las de la ciudad recibieron al pueblo bajo (4), que hallándose encerrado allí, influa poco en los negocios; y esto se miraba como la salud de la república. Y cuando Fabio volvió á colocar en las cuatro tribus de la ciudad al pueblo bajo,

(1) La dignidad de senador no era una magistratura.

(2) Lib. I, cap. 43.

(3) Lib. IV, art. 15, y sig.

(4) Llamado *turba forensis*.

que Apio Claudio habia distribuido en todas, adquirió el renombre de muy grande (1). Los censores echaban la vista todos los quinquennios sobre la situacion actual de la república, y distribuian al pueblo en sus diversas tribus, de tal modo que los tribunos y ambiciosos no podian hacerse dueños de los votos, y que el pueblo mismo no podia abusar de su poder.

El gobierno de Roma fué admirable en cuanto, desde su origen, su constitucion se halló tal, sea por el espíritu del pueblo, la fuerza del senado, ó la autoridad de ciertos magistrados, que todo abuso del poder pudo corregirse allí siempre.

Cartago pereció porque, cuando fué preciso cercenar los abusos, no pudo sufrir la mano de su Anibal mismo. Atenas cayó, porque sus errores le parecieron tan dulces que no quiso desecharlos. Y entre nosotros, las repúblicas de Italia que se alaban de la perpetuidad de su gobierno, no deben alabarse mas que de la perpetuidad de sus abusos: por lo mismo no tienen mas libertad que la que tuvo Roma en tiempo de los decemvros (2).

El gobierno de Inglaterra es mas sabio, porque hay un cuerpo que le examina continuamente, y que se examina de continuo á sí mismo:

(1) Véase Tito Livio, lib. IX, cap. 46.

(2) Ni aun mas poder.

y sus errores son tales, que no son nunca largos; y que, por el espíritu de atencion que ellos comunican á la nacion, son útiles á menudo.

En una palabra, un gobierno libre, es decir, siempre agitado, no puede mantenerse si no es capaz de correccion por sus propias leyes.

CAPITULO IX.

Dos causas de la pérdida de Roma.

CUANDO la dominacion de Roma estaba limitada á la Italia, podia subsistir fácilmente la república. Todo soldado era prontamente ciudadano; cada cónsul tenia un ejército; y otros ciudadanos iban á la guerra bajo el mando del que sucedia. No siendo excesivo el número de las tropas, se ponía atencion en no recibir en el servicio militar mas que á gentes que tuviesen suficientes bienes para interesarse en la conservacion de la ciudad (1). Ultimamente, el senado

(1) Los libertos, y los que se llamaban *capite censi*, porque teniendo poquísimo caudal, no pagaban contribucion mas que por su persona, no fueron alistados desde luego en la tropa de tierra, fuera de los casos urgentes. Servio Tulio los habia agregado á la sexta clase, y no se tomaban soldados mas que en las cinco primeras. Pero partiendo Mario contra Jugurta, alistó á todos indistintamente. *Milites scribere, dice Salustio, non more majorum neque classibus, sed ut cujusque*